

Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 3 (1992)

Artikel: Religiosidad cotidiana en la narrativa reciente hispanocaribeña
Autor: Sánchez, Yvette
Kapitel: Pereira, revolucionario, admirador del mundo sobrenatural
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-840882>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 16.05.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

PEREIRA, revolucionario, admirador del mundo sobrenatural

Aunque un narrador omnisciente relate en tercera persona las experiencias del protagonista, Joaquín Iznaga, *El comandante Veneno* de Manuel Pereira (*1948), escritor, poeta y periodista, es el libro que crea la atmósfera que más se asemeja a la de la novela testimonio del compañero Barnet (*1940).

Los dieciocho capítulos que componen el libro, cada uno precedido por un epígrafe sacado de alguna fuente oficial (discurso de Fidel, censo de alfabetización, periódico, etc.), nos presentan una sucesión lineal cronológica de hechos anecdóticos, estilo Barnet, que se extienden por un período de meses (vs. el de una vida entera de Julián Mesa).

La textura autobiográfica es palpable, ya que Pereira mismo participó en la campaña alfabetizadora, pero aunque se apoya en lo histórico (sin desdeñar para nada la fantasía), nunca se confunde con el brigadista, principal personaje ficticio.

Siguiendo el credo comunista que aspira a la generalización de lo personal (celebra a la masa, no al individuo), Pereira hace que su joven protagonista represente paradigmáticamente como individuo a la colectividad de los cien mil alfabetizadores que participaron en la campaña (cf. Julián Mesa en *La vida real* como delegado de la totalidad de los emigrantes cubanos en Nueva York).

Secuela de esta gran empresa revolucionaria de 1961, fue una verdadera inundación de productos narrativos que daban cuenta de las experiencias de los brigadistas. Los más de esos textos se clasifican mejor como reportajes que como obras literarias, y, aparte de esto, casi todos profesan un realismo socialista tosco, patético y esquematizante, maniqueo (los buenos héroes contra los malos contrarrevolucionarios) ²⁷⁹.

279. Martin Franzbach, *Kuba. Die Neue Welt in der Literatur der Karibik* (Colonia, Pahl-Rugenstein Verlag, 1984), pp. 115-121, presenta algunas muestras de estos textos simples y poco pretenciosos desde una perspectiva literaria:

Daura Olema, *Maestra voluntaria* (1962).

El Comandante Veneno es la única obra que destaca del grueso de los testimonios sobre la alfabetización cubana; ha sabido sacudirse de encima la mediocridad y ha alcanzado fama internacional²⁸⁰.

Cumple hacer constar como gran mérito de Pereira que, a pesar de apoyar la Revolución, no cae nunca en un dogmatismo político rígido o en una exageración desagradable del propagandismo y panfletarismo²⁸¹. Por lo tanto, si consideramos nuestra temática, se reforzará la sensación de que el autor está lejos de hacer caso omiso de los contenidos religiosos, con el argumento de que se trata de mecanismos de adormecimiento que podrían llevar a una conciencia apolítica; al contrario, traza una ampliación de horizontes, un intercambio fructífero entre el alfabetizador urbano, que aporta a su aldea una concienciación revolucionaria junto a la enseñanza del abecedario, y los campesinos, que inician a Joaquín en los trabajos manuales y despiertan en él una profunda sensibilidad hacia las creencias y rituales del hogar.

La dicotomía ciudad - campo no causa el choque desastroso entre el mundo arcaico y el moderno que se esperaría por este contacto insólito y dispar.

Los guajiros no son, a ojos de los brigadistas, atrasados, inferiores, ignorantes ni exóticos; y los brigadistas por contraste no tienen que presentarse como racionales. Joaquín queda maravillado ante la cultura de

Aracelli Aguililla, *Por llanos y montañas* (1975).

Julio Cid, *Camino Nuevo* (1978).

Raúl González de Cascorro, *Un maestro voluntario* (1979).

Dora Alonso, *Un año* (1981).

„Wesentlich differenzierter, literarisch sensibler und didaktisch unaufdringlicher [...]“ (*ibidem*, p. 118) : Mirta Yáñez, *Todos los negros tomamos café* (1976).

280. Julio Cortázar, en un artículo publicado en el periódico caraqueño „El Nacional“ (citado en: M. Franzbach, *op. cit.*, p. 118), colma a Pereira de alabanzas: „Esta es la novela que me hubiera gustado escribir sobre Cuba.“

281. También ha apreciado ese don, Rogelio Rodríguez Coronel, en su estudio *La novela cubana ante una nueva promoción*, en: „Rumbos“ Núm. 2 (Neuchâtel, 1987), p. 58: „No hay allí saturaciones ideológicas ni fórmulas maniqueístas que den fe del cambio producido en el escritor. Las fuerzas que entran en colisión dentro de la novela dependen de un mundo en desarrollo [...]“.

los cinco miembros de la familia del caserío El Veneno. Nunca se le escapan al autor valoraciones negativas frente a este mundo influido por el vudú, al que Joaquín logra asimilarse completamente. No así su padre Coliseo, cuya actitud es menos idealista, más acrisolada (también en cuanto al fervor revolucionario). Él trata a los campesinos con modales urbanos y pedagógicos. Su reacción ante el „radar de espectros“ de Bejerano es de condescendencia benévola:

-Eso sólo sirve para afeitarse - y agregó- : vigile más a los vivos que a los muertos (p. 139).

A Manuel Pereira hemos dedicado mucha atención en nuestro trabajo al aquilatar, en la primera parte, su evaluación etnográfica. En el fondo, su libro acaba por convertirse en un manual de creencias y rituales disfrazado de una forma literaria. Aparece cualquier motivo de fe de los tratados aquí: animismo, muñecos alfilerados, sortilegios amorosos, el mal de ojo, el padre que no mira hacia atrás después de la despedida de su prole; *El Comandante Veneno* ha sido, sobre todo, la „fuente“ principal de motivos como gafas, radio, espejo, fotos, piano, teléfono, cine, electricidad, gimnasia, policlínica, anestesia, automóviles y escaleras del capítulo *Asimilaciones* alusivo a la compenetración cultural (que conocemos del concepto de lo „real-maravilloso“, por ejemplo de *Cien años de soledad* de García Márquez).

Ya se dijo (cf. p. 40) que la técnica narrativa aplicada en esta novela es bastante tradicional, como lo advierte el punto de vista de la omnisciencia neutra: el narrador no interviene directamente en la acción. Conocedor parcial, a veces no presenta los sucesos tal como los ve él mismo sino sus personajes.

Sólo un narrador omnisapiente puede percibir la causa y el efecto simultáneos de un pensamiento de analogía: Bejerano mata a un puerco a puñaladas en el corazón, en el mismísimo instante en que su suegro se golpea el corazón por un presentimiento (p. 136). Los personajes escuchan el ronquido del puerco, mientras que ese portavoz ve las dos acciones al mismo tiempo.

Ocurre a ratos que el narrador se retira al fondo y mediante diálogos en discurso directo, así como con poca intervención por su parte, el texto se acerca casi al modo dramático. De esta forma, Olegario apodado „El Tigre“, durante la marcha en la que lleva a Joaquín al „Veneno“ por primera vez, cuenta sus anécdotas, por ejemplo, una para ridiculizar al cura consistente en que su padre quería que le pusieran „El

Tigre“, arguyendo (con chistecitos idiomáticos) que el Papa de entonces se llamaba León XIII, asociación blasfema que le valió que el cura le expulsara del templo (p. 41).

Cuando el narrador no concede la palabra a sus personajes para que relaten sus creencias más personales con toda naturalidad (o las colectivas) - Bejerano cuenta en discurso directo el acaecimiento del hombre que enloqueció por un sortilegio amoroso (las „doce uñas de cristiano en el café“), aunque introduce su anécdota con un giro atenuante de su grado de compromiso „cuentan las malas lenguas [...]“ (p. 55) - entonces se encarga él mismo de mencionar y comentar, sin pestañear, rituales „maravillosos“ de un modo absolutamente imparcial.

Lo último que vieron en aquella casa, donde los cuchillos estaban enterrados en el huerto por temor a una contienda amorosa, fue [...] (p. 28).

La interpolación breve y discreta de los cuchillos marca la medida de precaución de una mujer coqueta, Lucinda, que teme algún hechizo por parte de una rival o un ataque de violencia por parte de su esposo engañado.

El tono neutro caracteriza casi todos los comentarios del narrador sobre fe, creencias y rituales de los guajiros. No se escandaliza por la edad matusalénica, casi doscientos años, de un maestro de vudú haitiano que ha enseñado a Jaime el Fantasma diferentes oficios como

[...] magia negra, prestidigitación, hipnotismo, encantamiento de objetos, transmisión de pensamientos y el arte de convertirse a su antojo en guajiro, roca o algarrobo, dominando los tres reinos de la naturaleza (p. 60).

En el enfrentamiento de dos actitudes opuestas entre los personajes, el narrador no toma partido. El matrimonio Olvido y Bejerano no coinciden en el trato de los santos. El que la esposa esté sumergida plenamente en su mundo de rituales cotidianos para garantizar su existencia, incomoda a Bejerano: „¡ Los santos no me dan de comer !“ (p. 62) es un lema anti-religioso de la Revolución que el narrador neutraliza en la próxima frase, la cual describe una práctica de la medicina herbolaria en la que sí cree Bejerano, así como en los „hechizos“ del vudú.

Llenó el sombrero de yarey con hojas de salvia contra el dolor de cerebro y encaminó sus pasos hacia el cafetal donde lo esperaba Joaquín con el afán de saber más sobre Jaime el Fantasma y su maestro en hechizos [un haitiano] (p. 62).

Enfrenta las dos actitudes sin el menor juicio valorativo, sencillamente tolera cualquier expresión de fe. No suprimirá ninguna de ellas, incluso siendo hombre de política, buen revolucionario „que cambió tenis por botas...“. Con menos idealismo y formalidad que los jóvenes brigadistas llenos de espíritu emprendedor, Coliseo lanza a los guajiros su parrafada sobre el comunismo (pp. 138-139).

Pereira reconoce que no siempre los valores revolucionarios son los más atractivos. La canción de los brigadistas sonaría un poco monótona y seca sin las interferencias rítmicas de la bibijagua:

*S*omos la Brigada Conrado Benítez / *el golpe de bibijagua es muy fácil de bailar* / Somos la vanguardia de la Revolución / *Se baila así, así, así namá* / con el libro en alto cumplimos una meta / *cuando el coco pierde el agua se llama coco seco* / llevar a toda Cuba la alfabetización / [...] (p. 17).

Entabla el diálogo entre dos mundos tornasolados (pianola y tambores) cuyas voces están equiparadas (cf. pasaje citado, p. 64). Como Mora Serrano (con quien cerraremos el desfile de nuestros autores principales), Pereira se ayuda de un término técnico del campo de la música, el contrapunto, que traduce la igualdad alternante. Volveremos sobre este concepto, seguramente inspirado en el etnólogo cubano Fernando Ortiz, cuando tratemos a Mora Serrano (cf. pp. 167-168 de este estudio).

Sale un poco de su equilibrado trayecto tolerante hacia haitianos y guajiros, que encarnan la línea contrapuntística de los tambores, cuando tiene reservado para sus comentarios ponderativos en la discusión sobre la reencarnación un verbo con una connotación algo desdeñosa, *cacarear*, que los hace similares a las gallinas.

[...] recordaba la teoría de la reencarnación, tan creída y cacareada por haitianos y guajiros (p. 92).

Vinculados a las creencias de Bejerano, saltan a la vista los vocablos „superstición“ y „obsesión“ poco indulgentes para con la precaución, ya mencionada dos veces, al despedirse de sus niños y para con su confianza en los espectros.

[...] los espectros, que habían sido su mayor obsesión [...] (p. 231).

[...] Bejerano, por ser fiel a su legado supersticioso : -Si miro pa'trás me se mueren los críos - dijo (p. 103).

No puede reprimir de vez en cuando una nota irónica o humorística (pero llena de simpatía). En torno al motivo del espejo, „radar de espec-

tros“ (la metáfora es creada por el narrador, ya que Bejerano seguramente no conoce este adelanto técnico), se mofa un poco de la tragedia que causa este objeto en la visión del mundo del campesino hablando de la conclusión „desastrosa“ a que llega Bejerano (cf. cita larga, p. 79).

Finalmente, ofrece dos alternativas que explican la sorprendente cantidad de gente que acudió de repente al lugar donde murió el haitiano Bien Aimé Christophe y donde se celebrará la misa de difuntos. El narrador deja en suspenso si se trata de un acontecimiento de pura casualidad, del „azar“, de un hecho aislado sin propósito determinado, que no muestra filiación con el nexo causal de ningún orden superior (no predecible) -es esta primera la postura más sobria y moderada- o si se trata de la „telepatía antillana“ (p. 117). Con la segunda interpretación se traslada al terreno resbaladizo de una generalización regional poco fundada²⁸², y al de una facultad de percepción extraordinaria que se sustrae al control de la razón.

En substancia, Pereira muestra mucha sensibilidad indulgente y tolerancia al explorar con gran interés investigativo cualquier detalle de los contenidos de fe privados en áreas apartadas de la Isla de Cuba. Así consigue suministrarnos una colección de datos que queda muy próxima a un manual de creencias populares.

En cuanto a lenguaje y estilo, se puede distinguir claramente el discurso directo en los diálogos de los personajes, guajiros y alfabetizadores, del comentario más trabajado (literariamente) del narrador culto.

Pereira trata, con cierta moderación, de reproducir el habla rural en los niveles sintáctico, fonético y semántico. Acabamos de citar el „legado supersticioso“ del guajiro Bejerano que contiene el trueque de la posición gramatical de los pronombres *se me a me se*. En la misma frase, se nos presenta otro rasgo fonético corriente en el español popular: la caída de la segunda sílaba de la preposición *para*, *pa'* (también la -d- intervocálica se queda en el camino en *picao* (p. 236), por ejemplo). El *cuanti más* (es posible que sea este paso: < **cuanto* y *más*), difundido en todo el español coloquial, es utilizado por los guajiros (pp. 15 y 136). El comparativo pleonástico *más mejor* (p. 136) es otra voltereta gramatical aplicada por Pereira para conceder verosimilitud al lenguaje popular de los diálogos.

282. Con un argumento tan universal, como es el fenómeno de la telepatía, nadie llegará a defender la unidad cultural del Caribe.

Por supuesto que también sabe acudir al léxico. Saltan a la vista cubanismos, como *cujea*²⁸³, *matungo*²⁸⁴ o *cumbanchero*²⁸⁵.

A los alfabetizadores, Pereira les hace adoptar un estilo de jerga militar, atento a evitar eufemismos, por ejemplo. Cuando describe la primera excitación de Joaquín, habla de los „testículos acalambrados“ (p. 182) o expone con crudeza la escena en que los brigadistas observan a la coqueta Lucinda desnuda („con senos derrotados por el pellejo“) cómo „orina“ de noche, y luego cómo „atropella un tropel de ratas“ alrededor del inodoro (p. 28).

La presencia lingüística de los haitianos en Sierra Maestra, la asegura nuestro autor intercalando en el texto una canción en créole (p. 173) y una u otra exclamación en francés-créole (p. 120), lenguaje, que el personaje de Bejerano no entiende, y al que designa por „aquella jerigonza endiablada“ (p. 21). En el texto narrado, Pereira se acuerda siempre de recurrir a giros y formulaciones que le colocan en la fila de los literatos creadores, artistas y no en la de los políticos panfletarios o etnógrafos o periodistas. Maneja con una facilidad admirable metáforas y símiles rescatando así la pura anécdota de su chata y tosca realidad. Una de las comparaciones más expresivas de la obra la consigue Pereira al describir el ambiente sensual que experimentan los alfabetizadores durante un

283. *cuje*: ‚vara horizontal que se coloca sobre otras verticales en la que se cuelgan las mancuernas en la recolección de tabaco‘ (*DRAE*);

‚nombre que se da en Cuba a un arbusto de unos tres metros de altura [...]‘, por ampliación, ‚cualquier tallo o vegetal largo, recto, flexible [...]‘ (*Diccionario ilustrado de Americanismos* (Barcelona, Editorial Ramón Sopena, 1982)).

Según Marcos Augusto Morínigo, „de probable origen taíno“ (*Diccionario de Americanismos* (Buenos Aires, Muchnik Editores, 1966)).

El verbo *cujea* derivado de esta voz indígena antillana designa la acción de castigar a alguien con golpes de una vara, ‚azotar‘, ‚reprender‘ (Augusto Malaret, *Diccionario de Americanismos* (Buenos Aires, Emecé Editores, 1946)).

284. *matungo*: ‚(Argentina y Cuba) dícese de la caballería muy flaca y con mataduras‘ (*DRAE*).

Parece que también se aplica a personas en el campo cubano: ‚enfermizo‘ (José Sánchez-Boudy, *Diccionario de cubanismos más usuales* (Miami, Editores Universal, 1978), p. 231).

285. *cumbanchero*: ‚juerguista, jaranero‘ (Dicc. Sopena) ‚el que se divierte en grande, amigo de las fiestas‘ (José Sánchez-Boudy, *op. cit.*, p. 124).

paseo por la provinciana ciudad de Manzanillo. Arrastrado por sensaciones olfativas (olor a escaramujos y a salitre) que envuelven a los adolescentes, Pereira asocia el órgano del cuerpo humano responsable de la respiración del aire con el lugar que suministra la brisa a la ciudad:

Doblaron por un recodo saturado con el olor de los escaramujos, que los condujo al malecón de Manzanillo, cuya bahía se dilatava dejando entrar el salitre del golfo como si ella fuera el pulmón de la ciudad (p. 21).

En otro sitio, metamorfosea el aire en una especie de telar acústico al transmitirnos mediante una metáfora los efectos de un fuerte silbato (que penetra en el tejido) : „[...] desgarrar la urdimbre del aire [...]” (p. 15).

Mezcla graciosamente dos espacios contrastantes, el cosmos y lo cotidiano, al imaginarse durante una comida a cieloraso en el patio „[...] que una de aquellas estrellas iba a caer en la sopa.” (p. 19).

O bien esta comparación: Las balas de una escopeta „brincan como los chivos en primavera” (p. 23), la cual, antitéticamente, atribuye a un objeto inerte, que trae la muerte, cualidades de un ser que representa un idilio pacífico (por su movimiento).

Las metáforas que pone Pereira en boca de los personajes no son tan originales como sus creaciones. El barbero de Coliseo utiliza un símil que podría figurar en cualquier slogan publicitario de productos cosméticos: „[...] después de afeitado su cutis parecía la nalga de un niño.” (p. 140).

Es decir que la distribución de papeles entre el narrador y sus figuras queda dentro de la norma tradicional. Personajes humildes respetados, eso sí, presentan paradigmas vitales „interesantes”, creencias „encantadoras”, „curiosas”, un poco „exóticas” que alimentan a modo de materia prima la transposición a la literatura, con poeticidad artística, por parte del narrador/escritor.